

LA FACTURA DE *LA DESESPERANZA*, DE JOSÉ DONOSO. UNA NOVELA ELABORADA A TRAVÉS DE “PÁGINAS-FICHA”

Cecilia García-Huidobro Mac Auliffe
Universidad Diego Portales
cecilia.ghuidobro@udp.cl

Un frío día de invierno de 1986 se presentó *La Desesperanza* en Santiago. El acto -que había despertado un enorme expectativa- se realizó en la hermosa casona del Instituto Chileno Francés ubicada en la calle Merced, un enclave cultural relevante durante esos años de dictadura y que hoy -acaso como síntoma de la poca valoración que nuestra sociedad le asigna al legado patrimonial- es un restaurante. Terminaba así un enorme desafío que José Donoso se había autoimpuesto: volver a hacer una novela inspirada en lo chileno.

Ha regresado a vivir a su país en diciembre de 1980 y, desde entonces, solo ha publicado un volumen de relatos, *Cuatro para Delfina* (1982), cuestión que lo atormenta, como es posible apreciar en sus diarios donde se queja reiteradamente de no lograr dar forma a una novela mientras registra sus múltiples intentos. Son años explorando temas, bocetando pautas de trabajo, avanzando con páginas que terminan en narraciones atrapadas en un *cul du sac*.

Mal que mal es a eso que ha vuelto a su país. Cuenta Mauricio Wacquez que poco antes de regresar, mientras compartían el último verano de fuego en Calaceite, Pepe le confesó: “Vuelvo allá, donde tú y yo nacimos, para ajustar las cuentas con la vida”¹. Y para él, vida es escritura. Viene a nutrirse de nuevo, a recargarse porque en España las palabras se le empezaron a escapar como si alguien les hubiera dejado la ventana abierta y poco a poco se estuvieran volando. Una suerte de refundación del mito desde donde se ha aventurado a ser escritor y nada más que escritor.

¹ Mauricio Wacquez: “Etapas en la obra de José Donoso”, en Victorino Polo García, *Homenaje a José Donoso*, Editorial Cajamurcia 1998. España. <http://letras.mysite.com/jdon250415.html>

Como cualquier ajuste de cuentas, le tomó tiempo, sudor y hasta una hemiplejía. Porque instalarse después de tantos años, en el Chile de Pinochet además, ha sido una experiencia compleja. A su amigo Sergio Pitol le escribe el 16 de mayo de 1985²:

Este país es una pesadilla. Si no fuera por Jorge Comandari yo languidecería. Por suerte puedo encerrarme en mi estudio a escribir. Mi novela, que se llama LA DESESPERANZA, es grande pero de estructura clásica más bien, y me estoy dando el gusto de escribir como se me antoja, sin modas, sin tratar de hacer nada más que complacerme y darle rienda suelta a la imaginación y a los personajes: sucede en 18 horas, en 18 horas apretadas: comienza con el velorio de Matilde Neruda en el patio de su casa (toda la primera parte sucede allí), sigue durante el toque de queda con una pareja vagando por las calles de Santiago en horas de prohibición, y termina a la mañana siguiente en el funeral de Matilde, con los comunistas tratando de apoderarse del cadáver de la difunta. Veremos.

El plan surge el verano de 1985 cuando la familia parte de vacaciones a la isla de Chiloé. Allí, señala Donoso,

de la nada, y estando en Castro, pasando en Chiloé el verano, comencé a escribir *La desesperanza*, que me tomó entero el año 1985, lo colmó, no pensé ni hice más que trabajar en ella con una presión brutal. Creí terminarla, primero, en agosto, con intención -pronto desbaratada por Carmen Balcells- de presentarla al Premio Planeta. Luego, antes de fines de año. Luego, a fines de enero, y la terminé a fines de Febrero de este año. Pensé que el adelanto sería sabroso. No lo es: \$25.000, cuando yo esperaba \$50.000³.

En realidad, esto lo escribe en su diario cuando se produce una suerte de “re-encuentro” con él. Ya que esa ansiedad por dar forma a una novela lo lleva incluso a transgredir la relación con sus cuadernos donde desde 1950 acostumbra a registrar en ellos sus procesos escriturales tanto como sus avatares vitales. A principios de diciembre de 1984 deja de escribir en sus cuadernos. Y lo retoma recién un año y medio después, en junio de 1986 con *La desesperanza* prácticamente concluida: “¡Por Dios que han pasado cosas y ha pasado tiempo!”, anota.

Donoso ha hecho un giro en su forma de trabajo por primera y única vez y deja el diario como taller y hábitat para su creación. Escribe lo que llama “páginas-ficha”, que son mucho más que eso claro está, para perfilar el bamboleo creativo, algunas

² Carta a Sergio Pitol Santiago, 16 de mayo, 1985. Archivo Biblioteca Firestone, Universidad de Princeton.

³ Cuaderno 57 Santiago, 13 de junio de 1986, pág. 53

lecturas influyentes y ciertas claves del *who is who* de quienes están detrás de algunos personajes. Este nuevo registro lo comienza el 16 de enero de 1985 y concluye el 23 de agosto de ese año. Los textos se componen de hojas tamaño oficio escritas a máquinas con correcciones, anotaciones y algunas páginas manuscritas. Quinientas páginas en total, todas numeradas. En abril de 1986 le agrega, a modo de introducción, un párrafo inicial escrito a máquina que resume la experiencia:

Para esta novela, adopté una modalidad completamente nueva de redacción —no sé por qué razón, me salió así, no fue una idea ni una teoría ni nada, sólo una necesidad— que consistió en abandonar los cuadernos que había utilizado hasta ahora como borradores, y como receptáculos de ideas, y adopté estas páginas-fichas, en las que espontáneamente iba escribiendo lo que se me ocurría que podría estar relacionado con la novela, además de los personajes, sus fuentes, sus motivaciones, sus ambientes, son analizados, recogidos y a veces más o menos desarrollados. Creo que me resultó un método bueno de trabajo: curiosamente lo abandoné en agosto, que era el mes en el que creí que terminaría la novela y que siempre me puse de meta, pero no me resultó, terminando siete meses después, con bastante angustia. Creo que la embolia que acabo de sufrir (la tuve al día siguiente de entregar a Sonia Kuchacovic las últimas páginas definitivas y corregidas para que las copiara a máquina) fue debido exactamente a eso, al haber entregado y terminado mi novela (como las crisis de úlcera del *Pájaro*), como la frigidez sexual después de *La Marquesita*, y que María Pilar, por eso, odia.

También se encontrará en estas páginas pensamientos, análisis e impresiones de lo que me sucedía diariamente, y de lo que iba leyendo en gran parte de ese tiempo. Creo que estas fichas son un material interesante, que arrojarán mucha luz sobre la redacción de *La desesperanza*.

Atravesado por sus marejadas de contradicciones, esta conciencia del valor de haber dejado este itinerario creativo se mezcla con la angustia. Al mes siguiente, el 28 de mayo de 1986, vuelve a escribirle a Sergio Pitol contándole que ya ha entregado el manuscrito y se ha enfermado, prácticas que Donoso suele realizar de manera simultánea. Como si entre cuerpo y corpus no hubiera espacio alguno, nada que demarque límites, diferencias:

Estoy cansado y viejo (62 años), y acabo de salir de una pequeña hemiplejía transitoria en la que casi me operan de la carótida y estuve hospitalizado durante 15 días, lleno de sondas, etc., y exámenes siniestros como arteriografías, scanner, ecografías. Esto fue hace un mes y todavía estoy muy disminuido. Lo curioso fue que sucedió —el ataque— un día después de haber entregado a la

mecanógrafa los originales completos de mi nueva novela, *La desesperanza*, y al entregarlos, me quedé, momentáneamente sin habla. Siniestro. Todavía no me repongo y tengo terror de que me suceda de nuevo pese a que me aseguran que con el tratamiento que estoy no sucederá⁴.

Quedar mudo, sin voz, sin relato, sin escritura, fue siempre su peor pesadilla. Quizás por eso, lo último que registran estas ‘páginas-fichas’ son unas pocas palabras que hacen las veces de mandato y jaculatoria: “Pensar en seguir, inmediatamente, con un cuento...”

⁴ Carta a Sergio Pitol Santiago, 28 de mayo, 1986. Archivo Biblioteca Firestone, Universidad de Princeton.